

# Jesus' resurrection is a sign of our true freedom

*Alleluia! Christ is risen!* Both are common phrases in this paschal time that Christians live. The experience of the risen becomes a cause of joy—joy manifested not only in the liturgy, but in the daily life of each of us whose hope is eternal life.



The Resurrection is also manifested in nature, in the sprouting of the trees and the blossoming of the fruits that paint our landscapes with beautiful colors, accompanied by a fresh dawn and the song of the creatures that inspired St. Francis of Assisi so much—even to the point of considering those beings as his brothers.

The fact that Christ has risen invites us to a process of personal renewal, where we have once again been set truly free, free from the yoke of the slavery of sin and from an eternal death sentence. Our freedom has been paid by a high cost; now it is up to us how to manage said freedom.

There is a modern phrase that says “Feel free to be ...” Although the context is full of positivity, the living out of the phrase could define the path for true freedom or lead us to a life of endless and excessive actions that take us more into slavery disguised as freedom. St. Augustine said, “Love God and do what you want.” Although it offers a similar context and invite us to act freely, his statement prefaces a condition that completely makes a vital difference in our pursuit of happiness.

Loving God, in addition to being the first commandment, involves a chain of actions that generate many other virtues; it is by loving God that we renounce pride and know humility; it is by loving God that our egocentrism becomes a common good; it is by loving God that our greed becomes works of mercy. Finally, to the extent that we love him,

we are more like him, and our true humanity is reflected, not as the world wants us to reflect it, but as God intended from the moment of our conception.

Human beings have the ability to feel, think and act in accord with sound judgment and intellect and that make us more human and therefore more intelligent than the rest of creation. However, on many occasions, our capabilities are tarnished by pride and excessive self-esteem, developed in a crisis of values on a personal level, therefore, affecting our closest neighbor and instilling anti-values in our family.

St. Francis of Assisi understood very well the concept of freedom that St. Augustine proposed. He decided to love God in making his decisions, gave up the comforts of his family, sold his possessions to give to the poor and entered a life of poverty and service to others. Francis actually rose with Christ from that moment, transforming himself completely, freeing himself from his yokes and living in full and complete material and spiritual freedom.

Unlike St. Francis, the people of Israel, after being freed from a slavery of 400 years and having celebrated the Passover, wandered through the desert for 40 more years before entering the promised land because they did not listen to the voice of God and renounced the tests they went through on the way.

Jesus teaches us that the victory over our instincts is what we call true freedom. The Easter season in which we find ourselves is an anticipation of what our encounter with God will be like. We are free by the blood of Christ to begin a new chapter of our lives. The way you author it is up to you. Happy Easter!

*(Felix Navarette is archdiocesan coordinator of Hispanic Ministry.) †*

# La resurrección de Jesús es un signo de nuestra verdadera libertad

*¡Aleluya! Cristo resucitó!* Las dos son frases muy comunes en este tiempo Pascual que vivimos los cristianos, la experiencia del resucitado se convierte en una causa de júbilo y gozo manifestado no solamente en la liturgia sino en la vida cotidiana de cada uno de nosotros cuya esperanza es la vida eterna, la resurrección también se ve manifestada en la naturaleza, en el retoñar de los árboles y el florecer de los frutos que pintan nuestros paisajes de hermosos colores, acompañados de un fresco amanecer y el cántico de las criaturas que tanto inspiró a san Francisco de Asís, a tal punto de considerar a tales seres como hermanos suyos.



En realidad, el hecho de que Cristo haya resucitado nos invita a un proceso de renovación personal, en donde hemos vuelto a ser verdaderamente libres, liberados del yugo de la esclavitud del pecado y de una condena de muerte eterna, nuestra libertad ha sido pagada a un alto costo, ahora depende de nosotros como administrar dicha libertad.

Hay una frase muy moderna en nuestros tiempos que reza algo así “Siéntete libre de ser ...” Si bien el contexto está lleno de positivismo, el complemento de la frase podría definir el paso para una verdadera libertad o para una vida de interminables y desmedidas acciones que no nos llevarán más que a una esclavitud disfrazada de libertad. San Agustín citó “Ama a Dios y haz lo que quieras,” si bien ambas tienen un contexto parecido y nos invitan a actuar libremente, la segunda antepone una condición que marca por completo una diferencia vital en nuestra búsqueda de la felicidad.

Amar a Dios además de ser nuestro primer mandamiento, involucra una cadena de acciones que generan muchas otras virtudes; es amando a Dios que renunciamos al orgullo y conocemos la humildad, es amando a Dios que nuestro egocentrismo se transforma en bien común, es amando a Dios que nuestra avaricia se convierte en obras de misericordia,

en fin, a medida que le amamos, nos parecemos más a Él, y nuestra verdadera humanidad se refleja, no como el mundo quiere que la reflejemos, sino como Dios lo pensó desde el momento de nuestra concepción.

Los seres humanos poseemos la capacidad de sentir, pensar y actuar de acuerdo con nuestro sano juicio e intelecto, y eso nos hace ser más humanos, y por ende más inteligentes que el resto de la creación, no obstante, en muchas ocasiones nuestras capacidades se ven empañadas por el orgullo y una sobre autoestima, desarrollando en una crisis de valores a nivel personal, afectando por ende a nuestro prójimo más cercano e inculcando antivalores en nuestro núcleo familiar.

San Francisco de Asís, entendió muy bien el concepto de libertad que nos propone San Agustín, el decidió amar a Dios y tomó sus decisiones, renunció a las comodidades de su familia, vendió sus posesiones para darle a los pobres y se adentró en una vida de pobreza y servicio hacia los demás, Francisco en realidad, resucitó con Cristo desde ese momento, transformándose por completo, liberándose de sus yugos y viviendo en plena y completa libertad material y espiritual.

A diferencia de Francisco, el pueblo de Israel luego de haber sido liberado de una esclavitud de cuatrocientos años y de haber celebrado la pascua, vagaron por el desierto cuarenta años más antes de entrar a la tierra prometida, por no haber escuchado la voz de Dios y renegar de las pruebas que atravesaban en el camino.

Jesús nos enseña que la victoria sobre nuestros instintos es lo que llamamos una verdadera libertad. La pascua en la que nos encontramos en estos días es una anticipación de lo que será nuestro encuentro con Dios, somos libres por la sangre de Cristo para hacer de nuestras vidas un nuevo capítulo, la forma en la que quieras escribirlo la decides tú. ¡Felices Pascuas!

*(Felix Navarrete es el coordinador del Ministerio Hispano en el Arquidiócesis de Indianapolis.) †*